

tan ligeros en el obrar como serios en sus sentimientos, prorumpian en gritos de entusiasmo al saber nuestras victorias, y á Berlin habia acudido una multitud de emisarios, que suplicaban á Napoleon se dirigiese hácia el Vistula, prometiéndole sus bienes, sus brazos y sus vidas, para ayudarle á reconstituir la Polonia. Aquel proyecto, tan seductor, tan generoso, tan político si hubiera sido mas practicable, era una de esas empresas de que debia prendarse en aquel momento la imaginacion exaltada de Napoleon, y uno de esos espectáculos magníficos que convenia á su grandeza dar al mundo. Es verdad que si se trasladaba á Polonia, añadía á las dificultades de la guerra actual, una mucho mas grave que todas, esto es, la distancia y el clima; pero tambien quitaba á Prusia y Rusia los recursos que sacaban de las provincias polacas, recursos considerables tanto en hombres como en géneros alimenticios; minaba por su base el poderío ruso, trataba de hacer á Europa el servicio mas importante que hasta el dia se le ha hecho; y añadía nuevas prendas á las de que ya estaba provisto, y debian servirle para conseguir que Inglaterra restituyese puntos marítimos en cambio de otros continentales. Los vastos paises situados en el camino que va del Rhin al Vistula, que son una causa de debilidad para un general ordinario, iban á ser para el mayor de los capitanes un manantial abundante de las cosas que se necesitan en la guerra; pues iba á sacar de ellos, gracias á un gobierno hábil, víveres, municiones, armas, caballos y dinero. En cuanto al clima, tan temible en aquellas regiones en noviembre y diciembre, no hay duda en que lo tenia

en cuenta, pero estaba resuelto en aquella campaña á detenerse en el Vistula. Si se lo entregaban de resultas de la tregua que le proponian, tenia el proyecto de situarse en él; y si por el contrario, se lo negaban, queria conquistarlo con solo andar algunas jornadas, para que sus tropas estuviesen allí acampadas durante el invierno, poder sustentarlas con el trigo de Polonia, calentarla con la madera de sus bosques, y llenar las bajas con nuevos soldados procedentes del Rhin, saliendo del Vistula en la primavera siguiente, para penetrar en el Norte, hasta donde no se habia atrevido á llegar nadie.

Escitado por el buen éxito, arrastrado por su génio y por la fortuna á pensar en cosas que no habia alcanzado aun ningun gefe de un imperio ó de un ejército, no vaciló un instante sobre el partido que debia tomar, y todo lo dispuso para avanzar hácia Polonia. Ya al tiempo de pasar el Rhin, entró en sus designios la idea de una marcha atrevida hácia el Norte, pero de un modo vago: en Berlin, y despues de los triunfos tan rápidos como notables que alcanzó contra Prusia, fué cuando formó sobre aquellos un proyecto sério.

En todo esto habia sin embargo, además de los peligros inherentes á la misma empresa, un riesgo particular que Napoleon conocia muy bien, la impresion que causaria á Austria, nacion que si bien vencida, y vencida hasta no poder levantarse, podia sin embargo intentar aprovecharse de la ocasion para caer sobre nosotros por la espalda.

La conducta que á la sazón observaba aquella córte, era para inspirar mas de un temor, pues

habiéndole hecho Napoleon ofertas de alianza de resultas de las conferencias que tuvo con el duque de Wurtzburgo, contestó con fingidas demostraciones de benevolencia, fingiendo al principio que no comprendia los pasos preliminares de nuestro embajador, y cuando nos esplicamos de un modo mas claro, alegó que si se unía demasiado estrechamente con Francia, se atraeria un rompimiento con Rusia y Prusia, y que cuando salia de una larga lucha, empezada tres veces en el espacio de quince años, no se sentia capaz de pelear en pro ni en contra de ninguna potencia.

A estas palabras evasivas acababa de añadir hechos mas significativos, reuniendo en Bohemia sesenta mil hombres, que al principio situó á lo largo de Baviera y Sajonia, pero que en la actualidad marchaban hácia Gallitcia, siguiendo en cierto modo detrás de sus fronteras el movimiento de los ejércitos beligerantes. Además de aquellos sesenta mil hombres, dirigió nuevas tropas hácia Polonia, y formaba con suma actividad almacenes en Bohemia y Gallitcia; y cuando le preguntaban acerca de aquellos armamentos, respondia con razones triviales, sacadas de su seguridad personal, diciendo que espuesta como estaba por todos lados á sufrir el contacto de ejércitos enemigos que se hacian la guerra, no debía permitir que ninguno de ellos violase su territorio, y que las medidas de que le pedian cuenta eran puramente de precaucion.

No era hombre Napoleon que se dejase enganar por un lenguaje tan poco sincero. Como necesitaba una alianza, desde que perdió la de Prusia, pensó un momento en la corte de Viena; pero

ahora conocia fácilmente que la potencia á quien acabábamos de quitar en quince años los Países Bajos, Suabia, el Milanesado, los Estados Venecianos, Toscana, el Tyrol, Dalmacia, y en fin, la corona germánica, solo podia ser para nosotros una enemiga irreconciliable, que disimulaba por política sus profundos resentimientos, pero que estaba dispuesta á dejarse llevar de ellos en la primera ocasion que se presentase. Demasiado penetraba que los temores del Austria eran fingidos, porque ninguna de las partes beligerantes tenia interés en provocarla violando su territorio, y sabia que si armaba gente, solo podia ser con el pérfido intento de caer por la espalda sobre el ejército francés. No dando, pues, mas importancia de la que tenia, á la palabra de caballero y de soberano que Francisco II empeñó en el campamento de Urchitz, de no volver á pelear contra Francia, pensaba no obstante que si el principe de quien vamos hablando se acordaba de aquella palabra dada solemnemente, debía encontrarse apurado para buscar un pretexto especioso de faltar á ella, y formó dos resoluciones despues de reflexionarlo bien: se reducía la primera á no dar á Austria el menor motivo para que interviniese en la guerra actual, y la segunda á tomar precauciones, como si debiese intervenir indudablemente, pero tomarlas de un modo ostensible. Su lenguaje estaba de acuerdo con estas resoluciones, pues se quejó desde luego abiertamente de los armamentos que se hacian en Bohemia y Gallitcia, demostrando que comprendia su objeto, y en seguida anunció con igual franqueza las precauciones que se creia en el caso de tomar, y que eran

para desanimar al gabinete de Viena. Volvió á afirmar que no provocaría la guerra, pero que la haría con prontitud y firmeza, si tenían la imprudencia de emprenderla de nuevo; y declaró que por no querer dar el menor pretexto para un rompimiento, no se prestaría para nada á sublevar las provincias polacas que Austria poseía; que la sublevacion de la Polonia prusiana y rusa, era un acto de hostilidad, que debía imputarse esclusivamente á los que habian querido la guerra; que conocía lo difícil que era contener á los polacos que dependian de Austria, cuando se agitaban los que dependian de Rusia y Prusia; pero que si en Viena pensaban acerca de esto lo mismo que él, y como él estaban convencidos del error de bulto que se habia cometido en el siglo anterior, destruyendo una monarquía que era el baluarte de Occidente, ofrecía un medio muy sencillo de reparar aquel error, volviendo á constituir en reino á Polonia, y ofreciendo de antemano á la casa de Austria una buena indemnizacion por las provincias que tuviera que sacrificar. Aquella indemnizacion era la restitution de Silesia, arrebatada á Maria Teresa por Federico el Grande, que valia tanto como la Gallitcia, y era una reparacion brillante de los males y ultrages que el fundador de Prusia hizo sufrir á la casa de Austria.

En la situacion en que se habia colocado Napoleon, nada mejor calculado que semejante proposicion, pues arrastrado por el curso de los sucesos á tener que destruir la obra del gran Federico, derribando á Prusia de su poderio, no podia hacer cosa mejor que destruir dicha obra completamente, devolviendo á Austria lo que Federico

le quitó, y recobrando lo que le dió. Por lo demas, ofreció este cambio sin pretensiones de querer que lo aceptasen á la fuerza, pues decia que semejante proposicion, que en otro tiempo hubiera colmado de júbilo á Austria, despertaba los sentimientos que siempre habia abrigado con respecto á Silesia, estaba pronto á darle esto un giro conveniente, y si no era preciso considerarla como no hecha, y se reservaba el derecho de obrar en la Polonia prusiana y rusa, segun le aconsejasen los sucesos, obligándose únicamente á no emprender nada que pudiera atentar á los derechos de Austria. Aunque Napoleon tuvo muy buen cuidado de no dar á la corte de Viena motivos de queja, le repitió estaba enteramente preparado, y que si queria la guerra, no le cogería desprevenido. Además, á pesar de que estaba satisfecho de los servicios prestados por su embajador Mr. de la Rochefoncauld, dispuso que le remplazase en su destino el general Andreossy, que como militar, y muy conocedor de las cosas de Austria, podia observar con mejor golpe de vista la índole y estension de los preparativos que estaba haciendo aquella potencia.

En aquel momento tan extraordinario de su reinado, quiso Napoleon que el Oriente secundase los proyectos que tenia acerca del Occidente, pues Turquía se hallaba en un estado de crisis de que esperaba sacar provecho. Aquel desgraciado imperio, amenazado desde el reinado de Catalina hasta por sus amigos, que viendo sus provincias á punto de separarse del lazo comun, se apresuraban á apoderarse de ellas por no dejarlas á sus rivales (la conducta que Francia observó en Egip-

to, lo atestigua), aquel desgraciado imperio, decimos, que unas veces se unia á Napoleon por instinto de mútuo interés, otras huía su amistad, por las intrigas de Inglaterra y Rusia, cuyas potencias esplotaban cerca del divan el recuerdo de las Pirámides y de Aboukir. En paz con Francia en la época del Consulado, y frió con ella cuando se creó el imperio, imperio que no quiso reconocer, el sultan Selim, acabó despues de la batalla de Austerlitz, por unirse á nosotros intimamente, no solo concediendo á Napoleon el título de Padisha, que le negó al principio, sino enviando á París un embajador extraordinario, con el acta de reconocimiento, una carta dándole la enhorabuena, y algunos regalos. Al obrar de este modo el sultan Selim, se dejó llevar de las verdaderas inclinaciones de su corazon, que le arrastraban hácia Francia, á pesar de las intrigas que le asediaban, y cuya renovacion era una prueba del triste estado de decadencia en que se hallaba el imperio. Aquel príncipe, amable, dotado de talento, tan ilustrado como un europeo, y amante de la civilizacion de Occidente, no por capricho propio de un déspota, sino porque conocia perfectamente lo superior que era aquella civilizacion á la de Oriente, mantuvo allá en su juventud, cuando sumido en la muelle obscuridad del serrallo, conferenciaba á menudo con Mr. Ruffin, correspondencia secreta con Luis XVI, y así que subió al trono, como conservaba la preferencia con que miraba á Francia, era para él una fortuna que esta alcanzase victorias, para tener una razon decisiva de entregarse á ella. Los rusos é ingleses querian combatir aquella inclinacion, aunque

fuese á mano armada, y se les presentaba una ocasion de poder probar la influencia que tenian en Constantinopla, cual era la eleccion que habia que hacer de dos hospodares, uno para Valaquia y otro para Moldavia. Ipsilanti y Maruzzi, que desempeñaban aquel destino, eran adictos á Inglaterra, á Rusia, á cualquiera que desease la ruina del imperio turco, como únicos precursores que eran de la revolucion griega, y se mostraban en el desempeño de su empleo cómplices declarados de los enemigos de la Puerta, habiendo llegado las cosas á tal punto, que esta se vió obligada á separar á unos agentes infieles y peligrosos. Inmediatamente que lo supo Rusia, envió hácia el Dniester al general Michelson, con un ejército de sesenta mil hombres, é Inglaterra dirigió una escuadra á los Dardanelos, para exigir por medio de esta reunion de fuerzas que los mencionados hospodares fuesen repuestos. El jóven emperador Alejandro, que solo se habia presentado en la escena del mundo para sufrir la memorable derrota de Austerlitz, se decia á sí mismo que en medio de la sangrienta refriega que sostenian entre sí todas las naciones europeas, era preciso aprovecharse de las circunstancias para avanzar hácia Turquía, y que, cualesquiera que fuesen las probabilidades de triunfo entre el Rhin y el Niemen, quizá le dejarian lo que tomase en Oriente, en compensacion de los que otros tomaran en Occidente.

Este cálculo no carecia de exactitud; pero teniendo como tenia á Napoleon sobre las armas, era obrar con poca prudencia privarse de sesenta mil hombres para enviarles hácia el Pruth, como lo

prueba lo alegre que Napoleón se puso cuando llegó á su noticia iba estallar rompimiento entre Rusia y la Puerta. Previendo esto, fué por lo que mostró tanto empeño en ocupar la Dalmacia, lo cual le permitía mantener un ejército en la frontera de Bosnia, y poder socorrer é inquietar fácilmente á la Puerta, según lo exigiese su política; por manera que al ver se acercaba la crisis, que deseaba más y más á medida que los sucesos tomaban un carácter de mayor gravedad, eligió por su embajador en Constantinopla á un militar, natural así como él de Córcega, y que á la experiencia que tenía de la guerra, juntaba extraordinaria sagacidad política. El sugeto de quien hablamos era el general Sebastiani, que ya había tenido en Turquía una comisión diplomática, comisión que desempeñó perfectamente, y á quien Napoleón encargó al nombrarle embajador, que escitase á los turcos contra los rusos, é hiciese los mayores esfuerzos para ver de provocar en Oriente una guerra. También le autorizó para que sacase de Dalmacia oficiales de artillería é ingenieros, municiones, y aun los veinte y cinco mil hombres que mandaba el general Marmont, si, reducida la Puerta al último extremo, deseaba contar con la presencia de un ejército francés, lo cual era fácil, pues así como la batalla de Austerlitz dió lugar á que Selim se uniese á Napoleón, podía la de Jena enardecerse hasta el punto de querer entrar en lucha. Napoleón escribió á aquel príncipe ofreciéndole una alianza ofensiva y defensiva, induciéndole á que se aprovechase de la ocasión que se le presentaba de sacar de su postración la media luna, y anunciándole que

iba á hacer á los turcos el mayor servicio que podía hacerseles, y á reparar la mayor derrota que hasta entonces habían sufrido, procurando restaurar la Polonia. Como consecuencia de esto se mandó al general Marmont aprestase todos los socorros que le pidiesen de Constantinopla, y al general Sebastiani que no perdonase medio alguno para encender una conflagración que se estendiese desde los Dardanelos hasta las bocas del Danubio, pues si los rusos y turcos venían á las manos, Napoleón conseguía dos objetos, dividir las fuerzas de los rusos, y sumir á Austria en un estado de horrible indecisión. No hay duda en que Austria aborrecía á Francia, pero así que viese que los turcos invadían las orillas del mar Negro, debía sentir una inquietud que daría otro giro á su odio.

Aquella inmensa reyerta, suscitada hacia quince años entre Europa y la revolución francesa, iba á estenderse del Rin al Vistula, desde Berlin hasta Constantinopla, y empeñado Napoleón en una lucha de vida ó muerte, adoptó medios proporcionados á la magnitud de sus designios. Lo primero que hizo fué sacar otra conscripción: ya á fines de 1805 llamó á las armas la primera mitad de la conscripción de 1806, y la segunda mitad al tiempo de entrar en Prusia, resolviendo hacer lo mismo con respecto á la conscripción de 1807, y convocarla inmediatamente, aunque solo estábamos á fines de 1806, para que los jóvenes pertenecientes á ella tuviesen un año de instrucción, fuesen adquiriendo fuerzas y se acostumbrasen á las fatigas de la guerra. Con el espíritu que reinaba en los cuadros, aquello era

mas que suficiente para formar muy buenos soldados, además de que aquella conscripción debía proporcionar un notable aumento á las fuerzas efectivas del ejército, las cuales ascendían en 1805, cuando la salida de Boloña, á cuatrocientos cincuenta mil hombres, subieron con la conscripción de 1806 á quinientos tres mil é iban á elevarse con la de 1807 á quinientos ochenta mil. Como durante la guerra estaba prohibido librarse, lo cual no sucedía en tiempo de paz, el ejército iba aumentándose con cada conscripción que se hacia, pues era preciso que el fuego enemigo ó las enfermedades disminuyesen el número efectivo de una cantidad de hombres proporcionada á la que entraba á servir. La campaña de Austria no nos costó arriba de veinte mil hombres; la de Prusia no nos habia costado aun ese número, y aunque es verdad que haciéndose como se iba haciendo la guerra cada vez á mayor distancia y en climas mas crudos, decaía la calidad de las tropas á medida que los soldados veteranos de la revolucion eran remplazados por bisoños reclutas, lo cual iba á causar mas pérdidas, aun eran poco importantes, y como el ejército se componia de soldados aguerridos, como se rejuvenecía mas bien que se debilitaba con el ingreso en los batallones de guerra de una porcion de conscriptos, habia llegado á un estado de perfeccion.

Napoleon escribió, pues, mandándole llamar á las armas el cupo de 1807, á Mr. de Lacuée, que corria entonces con el despacho de los negocios del ministerio de la Guerra, y era un empleado dotado de capacidad, adicto al emperador, y resuelto á vencer las dificultades de una tarea tan

ingrata, bajo un reinado que consumia tantos hombres. Aunque no era ministro de la Guerra, Napoleon se entendia con él, conociendo la necesidad que habia de dirigirle, sostenerle y escitarle con comunicaciones directas: y así le escribió diciéndole: «Por un mensaje que he pasado al Senado, vereis que llamo á las armas la conscripción de 1807, y que no quiero abandonar la lucha mientras no esté en paz con Inglaterra y Rusia. Por los estados veo que para el dia 15 de diciembre habrá marchado toda la conscripción de 1806.... No necesitais órdenes mias para distribuir esos hombres en los cuerpos.... No he perdido gente, pero el proyecto que he formado es mas vasto que todos cuantos hasta hoy he concebido, y tengo por lo mismo que ponerme en situacion de poder hacer frente á todo lo que sobrevenga.» (Berlin 22 de noviembre de 1806. Archivo de la secretaria de Estado.)

Siguiendo Napoleon la costumbre que adoptó el año anterior, de reservar al Senado la facultad de votar el contingente, envió á dicho un mensaje, pidiendo la conscripción de 1807, y enterándole de la estension que habia dado á su politica, de resultas de haber destruido el poder de Prusia. En aquel mensaje, lleno de enérgicos pensamientos, espresados en estilo enérgico tambien, decia que hasta entonces se habian estado burlando los monarcas de Europa de la generosidad de Francia; que apenas quedaba vencida una coalicion renacia otra; que á poco de haber disuelto la de 1805, tuvo que pelear contra la de 1806; que en lo sucesivo era preciso ser menos generosos; que mantendria en su poder los estados conquistados hasta

que se hiciese la paz en mar y en tierra; que olvidando Inglaterra todos los derechos de las naciones, se habia apropiado el de interdiccion comercial contra una parte del mundo, debiendo él castigarla del mismo modo, y llevar el rigor hasta donde lo permitiesen las circunstancias; y por último, que mas valia, supuesto que era preciso pelear, hacerlo á todo trance y no á medias, pues este era el modo de que la guerra se acabase mas pronto, haciéndose una paz general y duradera. Lo vigoroso del estilo daba mas fuerza á estos pensamientos, en que resaltaba el orgullo, la exasperacion y la confianza; y en seguida reclamaba medios adecuados á sus miras, medios que se reducian como acabamos de manifestar á la conscripcion de 1807, llamada á formar parte del ejército cuando aun no habia terminado el año de 1806.

Arriba hemos espuesto las precauciones que con tanta habilidad tomó Napoleon, en la hipótesis, ó de una guerra en el Norte que durase mucho tiempo, ó de un ataque imprevisto por cualquier parte de su vasto imperio. Los terceros batallones de los regimientos del ejército grande, que formaban depósito, se hallaban, como ya hemos visto, á lo largo del Rhin, bajo el mando del mariscal Kellermann, ó en el campamento de Boloña á las órdenes del mariscal Brune; y completos ya con los conscriptos de 1806, debiendo no tardar en aumentarse con los de 1807, acostumbrados á los ejercicios y bien equipados, podian reunirse en caso necesario, á las órdenes del mariscal Kellermann, con el octavo cuerpo, que mandaba el mariscal Mortier, para cubrir la parte baja del Rhin, ó unirse bajo el mando del mariscal Brune, con el

rey de Holanda, para cubrir, ya la misma Holanda, ya las costas de Francia hasta el Sena. Los regimientos que no se hallaban ni en Alemania ni en Italia, reunidos en el interior de San Ló, Pontivy y Napoleonville, y formados en pequeños campamentos, estaban destinados á ir á Cherburgo, Brest, la Rochela ó Burdeos, y destacamentos de guardia nacional, pocos en número, pero bien escogidos, uno de los cuales estaba situado en San Omer, otro en el Sena inferior, y otro en las cercanías de Burdeos, debian concurrir á la defensa de los puntos amenazados, en union con algunos cuerpos que marcharian en posta á esos puntos á la primera señal de peligro.

El mismo sistema se adoptó, como ya hemos visto, con respecto al ejército de Italia, cuyos terceros batallones, que andaban esparcidos por la Italia alta, se ocupaban en instruir conscriptos, y al mismo tiempo guarnecian las plazas, mientras que los batallones de guerra se hallaban con los ejércitos activos en Nápoles, Frioul y Dalmacia.

Napoleon resolvió desde luego sacar de los depósitos los refuerzos que necesitaba el ejército grande, cubrir con la nueva conscripcion las bajas que en los mismos depósitos iban á resultar, y como estas bajas iban á ser cubiertas con exceso por el cupo de 1807, aprovecharse de la mayor parte para que los batallones de depósito tuvieran de mil á mil doscientos hombres, y los regimientos de caballeria, siete mil vivos y efectivos en lugar de quinientos. Tambien resolvió aumentar la gente de que se componian las compañías de artilleros, viendo que el enemigo queria suplir la mala calidad de sus tropas con tener muchos ca-

ñones, pues si el número de plazas de los batallones de depósito ascendía á mil ó mil doscientos hombres, siempre se podía sacar de ellos, además de los que se necesitaban para reclutar el ejército activo, los trescientos ó cuatrocientos soldados mejor instruidos, para enviarlos á cualquier parte donde de pronto fuese necesario su presencia.

Napoleon habia hecho ya que saliesen de los depósitos unos doce mil hombres, los cuales fueron conducidos en gruesos destacamentos desde Alsacia á Franconia, y desde Franconia á Sajonia, para cubrir las bajas que la guerra causó en sus cuadros. Unos siete ú ocho mil acababan de llegar, y los cuatro ó cinco mil restantes estaban aun de marcha; pero con ese número no cubria enteramente la gente que habia perdido, mas bien de resultas de las fatigas que con el plomo ó el acero, y como siempre estaba pensando en lo lejos que iba á llevar la guerra, ideó un sistema muy profundo, para conducir los conscriptos desde el Rhin al Vistula de modo que no corriesen riesgo alguno durante tan largo tránsito, no se dispersasen en el camino, y prestasen servicios sin dejar de marchar á retaguardia del ejército. Los destacamentos sacados de cada batallion de depósito, debian formar una ó mas compañías segun el número de que se compusiesen, y estas compañías reunirse en batallones, así como estos en regimientos provisionales de mil doscientos á mil quinientos hombres, dándoseles en el camino oficiales tomados momentáneamente de los depósitos, y organizándolos como si fueran á formar regimientos definitivamente. Puestos en marcha con esta organizacion, y su equipo completo, tenian orden de irse deteniendo

en las plazas de nuestra línea de operaciones, ó lo que es lo mismo en Erfurt, Halle, Magdeburgo, Witemberg, Spandau, Custrin y Francfort sobre el Oder, descansar allí si es que lo necesitaban, dar la guarnicion, á ser esto preciso para nuestra seguridad por la espalda, y así que hiciesen alto dedicarse al ejercicio militar, para que no decayese la instruccion del soldado durante un viage que debia durar algunos meses. De este modo protegian la comunicacion del ejército con las referidas plazas, evitaban que se disminuyese dejando atras demasiadas guarniciones, y aumentaban su número efectivo antes de unirse á él.

Así que llegasen al teatro de la guerra, debian ser disueltos, enviando cada destacamento á su respectivo cuerpo, y regresando los oficiales en posta á sus depósitos para ir en busca de otros reclutas.

Igual organizacion se dió á la caballeria, aunque tomando algunas precauciones particulares que exigia la índole de aquella arma.

Además, se mandó que en todas las plazas convertidas en grandes depósitos, tales como Wurtzburgo, Erfurt, Witemberg y Spandau, se reuniese, valiéndose de los recursos que ofrecia el pais, vestuarios, zapateros, armas y víveres en abundancia, á fin de que los comandantes de dichas plazas inspeccionasen el estado de todos los regimientos provisionales que fuesen pasando, proveyesen de armas y equipo á los hombres que careciesen de estas prendas, y retuviesen á los que necesitasen descansar. Los cuerpos que pasasen mas tarde, debian recoger los hombres que se hubiesen quedado en el camino, y como podian tomar tantos

hombres y caballos como soltaban, siempre estaban seguros de llegar por completo al teatro de la guerra. Napoleón leía asiduamente los partes de los comandantes de las plazas por donde atravesaban los regimientos provisionales, comparábalos sin cesar unos con otros, reparaba el menor descuido, y por este medio mantenía á todos en un pie, siendo indudable que se necesitaban todas estas combinaciones, y toda aquella vigilancia para conservar entero un ejército tan grande á tan larga distancia.

No solamente quería Napoleón mantener en sus cuerpos el número efectivo de gente que tenían al entrar en campaña, sino agregar nuevos cuerpos al ejército grande. Ya hemos visto que en París dejó tres regimientos, para formar con ellos una reserva que pudiera trasladarse en posta á las costas de Francia en caso de peligro: pues bien, creyó que podía disponer de dos de aquellos regimientos, esto es del 58 de línea y del 45 de ligeros, gracias al considerable aumento de conscriptos que habían recibido los depósitos. Había en París seis terceros batallones pertenecientes á los regimientos de á cuatro, cada uno de cuyos batallones debía ascender á mil hombres con la conscripción, y Junot, que era gobernador de París, recibió orden de pasarles revista personalmente varias veces á la semana, y de hacer que maniobrase en su presencia aquella reserva de seis mil hombres, siempre dispuesta á salir en posta para Boloña, Cherburgo ó Brest, y que permitía poder disponer sin inconveniente del 58 de línea y del 45 de ligeros. Hizose, pues, lo mandado por Napoleón, y aquellos dos regimientos, que pasa-

ban por los mas hermosos del ejército, marcharon hácia el Elba por Wesel y Wesfalia.

Recordarán nuestros lectores que Napoleón resolvió convertir á los vélites en *fusileros de la guardia*, de cuya disposición resultó formarse un regimiento de dos batallones, cada uno de los cuales tenía mil cuatrocientos hombres, escogidos con sumo cuidado del contingente anual, y mandados por oficiales, sargentos y cabos sacados de la guardia. Napoleón ordenó permaneciese en París aquel regimiento el tiempo puramente necesario para instruirse, y que en seguida saliese en posta para Maguncia.

La defensa de la capital corria á cargo, como hoy sucede, de tropas municipales, compuestas de dos regimientos, y conocidas con el nombre de *regimientos de la guardia de París*. Napoleón mandó aumentar lo mas pronto que se pudiera la fuerza efectiva de aquellos dos regimientos con la última conscripción, y recogiendo el premio de su prevision, pudo sin dejar á París demasiado desprovista de tropas, sacar de la guardia municipal dos batallones, ó lo que es lo mismo un regimiento de mil doscientos á mil trescientos hombres, de excelente aspecto y mejores cualidades. En seguida dispuso saliesen para el ejército, pensando que una tropa que cuidaba del orden interior, no debía ser privada de la honra de servir en el extranjero en favor de su país; además de que si contribuía á asegurar ó aumentar la grandeza de Francia, cuando volviese á ella seria mejor y mas respetada.

La gente que trabajaba en los puertos, no tenía ocupacion ni pan, porque la construccion de

buques se resentia del inmenso desarrollo dado á la guerra continental; pero Napoleon la ocupó útil y saludablemente, formando con ellas batallones de infantería, á que se dió el encargo de guardar sus respectivos puertos, prometiéndoles no saldrian para otra parte. Podia contarse con aquellos hombres, porque tenian cariño á los establecimientos confiados á su vigilancia, y porque participaban del espíritu guerrero que animaba á la marina; de suerte que á Napoleon le valió su idea poder sacar de las tropas que cubrian las costas, tres magníficos regimientos, esto es el 49, el 45 y el 31 de línea que estaban en Boloña, Brest y Saint Lo, y que salieron para el ejército grande, formando como los demas dos batallones de mil plazas cada uno.

Napoleon, pues, tuvo la habilidad de sacar de Francia, sin disminuir demasiado las tropas del interior, siete regimientos de infantería que debian unirse con la legion del Norte, llena de polacos, y que ya se hallaba en marcha hácia Alemania.

Pero lo que Napoleon deseaba mas que nada, en el momento en que iba á dejar las llanuras de Prusia por las de Polonia, era caballería, cuya utilidad apreciaba quizá de un modo exagerado. Así es que la pedia á voz en grito á todos los que corrian con el buen servicio del ejército; acababa de sacar de Maguncia, y hacer que saliesen á pie, parte de ellos para Hesse, y parte para Prusia, cuantos ginetes ya instruidos habia en los depósitos; y quiso que dejasen sus caballos en Francia, para darles los que habiamos recogido en Alemania. Al entrar el mariscal Mortier en los

estados del elector de Hesse, licenció el ejército de este príncipe, recogiendo cuatro ó cinco mil caballos escelentes, una porcion de los cuales sirvió para remontar á unos mil soldados de caballería franceses, y otros fueron enviados á Potsdam, donde habia estensas cuadras, construidas por el gran Federico, quien tenia gusto en ver manobrar á menudo muchos escuadrones á la vez, en la hermosa morada de su recreo, en que vivia á lo rey, á lo filósofo y á lo guerrero. Napoleon mandó levantar bajo las baterías de Spandau, un edificio inmenso en que poder mantener su caballería, y en él reunió todos los caballos cogidos al enemigo, ademas de otros muchos comprados en las provincias de Prusia. A la cabeza de aquel depósito se puso el general Bournier, que despues de prestar honrosos servicios dejó el ejército activo, y se le encargó no se alejase de él un instante, que cuidara personalmente de que nada faltase á los caballos, que remontase con ellos los que atravesaban la Prusia, les pasase revista, reemplazase los caballos cansados ó que no estuvieran en estado de poder servir, y detuviese tambien á los ginetes enfermos, para irlos enviando con los regimientos que venian detras. Los trabajadores de Berlin, que habian quedado ociosos de resultas de la marcha de la córte y la nobleza, debian ser empleados en aquel depósito, mediante un salario, unos para hacer monturas, otros arrear, algunos zapatos, y otros construir carros ó componer los que habian sufrido deterioro.

A Italia mas que á ninguna otra parte se le ocurrió á Napoleon acudir para proporcionarse caballería, pues allí no era tan útil como en otros